

dical u otro tipo de música politizada criminalizados por sus creaciones. Una cuestión demostrada con luces y taquígrafos por el autor, quien además de explicar y documentar los casos más sonados los analiza desde la historia. Además el propio libro se posiciona de un modo crítico frente a la incompreensión e instrumentalización negativa que se ha hecho y se hace de este tipo de contracultura, al tiempo en que otros estilos musicales que también pueden ser polémicos por sus implicaciones neofascistas y/o machistas no corren la misma suerte. No se trata tanto de compararlos para extender la condena como de la presentación de distintas formas para medir el tratamiento desigual dado desde los poderes del Estado, entendiendo la prensa como un cuarto poder, a las distintas expresiones culturales según les sean más o menos cómodas o incómodas. Con todo y no dejando de ser un tema de rigurosa actualidad que supera el límite cronológico establecido en el libro, el autor se conforma con contextualizar una problemática sociopolítica ligada a la libertad de creación y de expresión que no es nueva, ha evolucionado, y en el presente choca con las últimas reformas gubernamentales llevadas a cabo por el Partido Popular. Más que trazar hipótesis de futuro a corto plazo fundadas en el pasado y en el presente, las conclusiones en este punto quedan abiertas, dejando las distintas valoraciones a juicio del lector aunque se apuesta por el mantenimiento del espíritu crítico que una parte de la música, el rock, el punk, el hardcore o el rap sobre todo, tuvo y sigue teniendo a pesar de los cambios sufridos en casi 40 años de historia.

Otras aportaciones lo conforman el prólogo, que no se dedica solo a presentar la obra de manera esquemática sino que aporta en sí mismo una sintética lectura del mismo bastante acorde a lo que se desarrolla a lo largo de la obra, y a la lectura que podemos hacer. Además en dos partes del libro se muestran distintos carteles de conciertos, que tal vez hubiera sido más propicio agruparlos en una sola para que el resultado final en este punto fuera más ordenado. También es interesante la inclusión de un par de índices; uno onomástico que facilita mucho la consulta de algunos aspectos concretos cuando se quiere hacer una relectura selectiva o encontrar un dato concreto, y otro de grupos que explican brevemente la trayectoria de las

bandas de las que se habla. Para los melómanos quizás hubiera sido positivo haber ampliado la relación discográfica de manera más exhaustiva, en vez de señalar solo los trabajos más significativos para el autor. Otro aspecto que hubiera mejorado el resultado final, haciéndolo más redondo, es la traducción al español –el idioma del libro- de algunos textos que se reproducen en su lengua original: dos en inglés y uno en euskera. Aunque dadas las necesidades académicas actuales no es complicado entender los textos ingleses, o no debería serlo para el público especializado, en el caso de la otra lengua cooficial del País Vasco imposibilita saber de qué se está hablando. Para el gran público posiblemente sean dos elementos que impidan entender esas citas y dado que el idioma español es el que se ha usado en esta edición, no hubiera costado nada usar de la traducción directamente o en la nota al pie. También es interesante la introducción, donde el autor plantea los motivos y las hipótesis que le llevaron a concebirlo. No siendo un aspecto obligatorio ni necesario para entender el contenido del libro, siempre es interesante conocer la intrahistoria de los libros que se consulta o leen por placer o por motivos laborales. Finalmente un punto que lo hace interesante y original es el hecho de no escribirlo para contentar a ninguna parte interesada, o para tratar de quedar bien con una parte del entramado sociopolítico y sociocultural vasco. En todo el libro se usa un tono claro, preciso y formal y lo cierto es que está bien escrito desde la perspectiva académica cumpliendo con la máxima de enseñar y deleitar al lector sea universitario o no.

**Soto Ivars, Juan, *Arden las redes. La poscensura y el nuevo mundo virtual*. Barcelona, Debate, 2017 (Edición digital), 284 pp.**

Por David Mota Zurdo  
(Universidad del País Vasco-EHU)

*“Eh crítico que siempre estás sentado, leer y escuchar nunca es suficiente, [...]. Siempre en tu butaca hablando de todos, eres una especie de dioscecillo, no das tu opinión, impartes tu bendición y si desayunas mal en tu guarida, lanzas tus serpientes contra todos. Tuyo es el poder, tuyo el espacio en el papel  
Críticos ja, ja”*

L.P.R. “Críticos”, *Salve*, 1984

En una entrevista publicada en febrero de 2018 en el diario *ABC*, el periodista estadounidense Guy Talese señalaba con respecto a las refinadas formas de censura existentes actualmente que lo políticamente correcto es opresivo y dictatorial, más cuando esta idea va ligada a la virtud y la religión, es decir, a cierto código de conducta que nos obliga a todos a mantener una actitud tan ortodoxa que deja poco espacio a aquellas formas de expresión que optan por mantenerse al margen. De hecho, continuaba, a día de hoy no sólo es mucho más complicado ser un *outsider*, sino que apostar por ello puede ser visto con cierto escepticismo, incluso, ser denostado, no ya por el *establishment*, sino por el común de la sociedad. Es precisamente en este último punto donde radica la importancia del último ensayo publicado por el periodista Juan Soto Ivars, *Arden las redes. La poscensura y el nuevo mundo virtual*.

Este comprometido periodista, especialista de las páginas de cultura de *El Confidencial*, se vuelca de lleno en el estudio de la censura y sus viejos y nuevos mecanismos en el mundo actual, enmarcándolo dentro del contexto de la guerra cultural o “choque de opiniones irreconciliables en aspectos muy sensibles para una sociedad [...] [en la que] se empaquetan distintos elementos de la personalidad en un saco ideológico cerrado” (pos. 2182). Aquella que “coloca a los disidentes de una parte en el bando contrario [...] [para] desacreditar su discurso, por razonable que sea” (pos. 2258).

Así, a través de su obra nos muestra cómo las redes sociales han aumentado el número de nichos culturales, llevando del terreno físico al virtual viejos enfrentamientos dialécticos que habían perdido protagonismo en los medios de comunicación tradicionales, como el hecho de que la izquierda se haya dividido en identidades excluyentes y haya perdido toda su fuerza unificadora (pos. 1894) o cuestiones más espinosas, como que “la verdad es todo aquello que suena bien, que hace sentir a la gente confortable, bondadosa, aunque no lo sea” y que “las verdades incómodas quedan automáticamente apartadas”, las cuáles son inaceptables cuando son políticamente incorrectas (pos. 2233).

En paralelo a estas cuestiones, fundamentales para entender los casos que Soto Ivars explica pormenorizadamente (entre otros, los de la política Ada Colau, la escritora María Frisa, el *youtuber* Jorge Cremades, el cineasta Nacho Vigalondo, el *anónimo* profesor Vicent Berenguer Santos -conocido por escribir en Facebook sobre la muerte del torero Víctor Barrio-, el político Guillermo Zapata o el escritor y guionista Hernán Migoya), a lo largo de *Arden las redes* se incide en la poscensura: “un fenómeno desordenado de silenciamiento en medio del ruido que provoca la libertad” (pos. 184). Un término que utiliza en contraposición, o, mejor dicho, como complemento evolutivo, a la concepción clásica que se tiene de la censura, a saber, aquella que requiere de un poder totalitario, unas leyes que la sustenten, unos mecanismos específicos y, en definitiva, una estructura que evite la propagación de determinadas ideas desde un aparato punitivo creado *ad hoc*.

El periodista murciano explica, pues, que “la poscensura se diferencia de la censura en que no necesita el concurso del poder. No es un movimiento de masas ni tampoco un ataque deliberado contra la libertad de expresión emprendido por la hegemonía política, sino ruido blanco. No conduce al silencio, sino que provoca miedo a expresar ciertas ideas” (pos. 340).

Se trata, por tanto, de un obra valiente y necesaria que pone en el centro del debate una cuestión fundamental: la libertad de expresión, sus límites y las consecuencias de su ejercicio. Y es que las tecnologías de la información y de la comunicación, entre ellas las redes sociales, han democratizado y, por ende, extendido las capacidades del ciudadano/a anónimo/a para hacer que su opinión esté presente en diferentes foros. Sin embargo, ese anonimato ha dado lugar a una nueva forma de control social, en la que diferentes grupos organizados, conocidos como *haters* o *trolls*, se dedican a perseguir lo que bajo su punto de vista son “abusos” inadmisibles y, a tal efecto, dedican su “tiempo libre” a linchar digitalmente determinados mensajes, boicoteándolos o solicitando su veto mediante campañas de recogidas de firmas online, actuando así como “un talión donde se confunden la justicia y la venganza, donde la acusación es la condena” (pos. 3655).

Además, sin hacer ningún tipo de ejercicio de introyección con respecto a los casos que recoge, Juan Soto nos arroja un jarro de agua fría con una problemática actual -las nuevas formas de censura- que nos afectan absolutamente a todos, dibujándonos la realidad en la que vivimos subsumidos y poniendo sobre la mesa el quid fundamental de todo esto, que no es otra cosa que aquello que Julia Cameron y Emma Lyvely describieron como el peor censor es aquel que todos llevamos dentro.

Por todas las razones apuntadas y más ahora que está tan en boga la batalla por el relato en los departamentos de Historia, en la opinión pública y en las instituciones, considero que obras como las de Juan Soto Ivars son fundamentales para complejizar nuestro panorama político, social y cultural actual, sobre todo, para evitar caer en explicaciones maniqueas y excesivamente homogeneizadoras. Es, en definitiva, toda una defensa de la profesión periodística y de la libertad de expresión, en la que describe muy atinadamente el tipo de sociedad en el que nos hemos convertido: fervientemente censora por nuestro afán de prohibir, regular, boicotear y eliminar todo aquello que no coaligue con nuestros intereses e ideas.